10004

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

LOS SECUESTRADORES

SAINETE LÍRICO EN UN ACTO Y CUATRO CUADROS

ORIGINAL Y EN PROSA DE

CARLOS ARNICHES Y CELSO LUCIO

música del

MAESTRO NIETO

TERCERA EDICIÓN

MADRID
MAYOR, NÚM. 16, ENTRESUELO
1897

14

LOS SECUESTRADORES

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de HIJOS de E. HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LOS SECUESTRADORES

SAINETE LÍRICO EN UN ACTO Y CUATRO CUADROS

ORIGINAL Y EN PROSA

DE

CARLOS ARNICHES y CELSO LUCIO

MÚSICA DEL

MAESTRO NIETO

Representado por primera vez en el TEATRO ESLAVA la noche del 3 de Febrero de 1892

TERCERA EDICIÓN

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1897

AL EXCMO. SEÑOR

Don Gabriel Fernández Cadórniga

EX-DIRECTOR GENERAL DE PENALES

Usted, seguramente, habrá oído hablar muy mal de los secuestradores; pues bien, para convencerle de que no son tan perversos como dice la gente, le dedicamos éstos, recomendándolos á su benevolencia.

¡Y quiera Dios que no se le escapen á usted... de entre las manos, al leerlos!

Los Autores

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
CARMEN	Srta.	Arana.
DOÑA LIBRADA	Sra.	González.
DON PACO	Sr.	Castilla.
DON HILARIO		G.ª Valero.
DON RAIMUNDO		Santiago.
EL TIO CACHO		Ramiro.
PERICO CHANZAS		Carrión (Vicente).
DON LUCAS		Nortes.
MAZORCO		Arana.
ROQUE		Belver.
EL CABO DE LA GUARDIA CIVIL		Gallo.
DOS GUARDIAS CIVILES.		

Coro general

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Decoración de pueblo.—Telón corto.—A la derecha, puerta con muestras de barbero, sastre, zapatero y guarnicionero

ESCENA PRIMERA

EL TÍO CACHO tocando una guitarra, PERICO y CORO general. Dos muchachas bailando

Música

CORO

Cuando baila una moza
las seguidillas,
hay mozos que se ríen
y otros suspiran.
Y hasta la tierra
de gusto se estremece
al sostenerla.
La moza que no dé
las vueltas á compás,
será porque el querer
la tiene trastorná.
Al bailar seguidillas
una morena,
le vuelve á un santo el juicio
al dar la vuelta.

607346

Porque la falda,
se sube algunas veces
y otras se baja.
La moza que no dé, etc.

Hablado

VEC. 1.ª Otra, otra, tío Cacho.

CACHO Basta ya, que estoy cansao, y á la noche tendré que rasguear otro poco en la tertulia de casa el alcalde, que hoy es domingo; además, que se va á hacer de noche y tengo que afeitar al sacristán, y ponerle medias suelas á la mujer del médico.

VEC. 1.º Entonces, vámonos.

VEC. 2.º Sus convido á comer panochas, ¿queréis?

VEC. 1.º Andando.

TODOS Vamos.

PER. Yo me quedo. (Vase todo el Coro repitiendo los últimos compases de las seguidillas.)

ESCENA II

PERICO y EL TÍO CACHO

CACHO Pero qué, ¿tú no vas con esos, Perico?

PER. No señor, me quedo, porque tengo que ir á buscar á Carmencita, que ha ido de merienda á los olivares, con otras señoritas del pueblo.

CACHO ¿Y cómo vas con esos amoríos?

PER. Regular.

CACHO Pues el otro día fuí yo á arreglarle una cabezada al burro de don Romualdo y á sacarle un raigón á su hija, y me dijeron una cosa.

PER. ¿Cuála?

CACHO Que don Raimundo el boticario anda detrás de Carmen; ¿es de veras?

PER. Misté, tío Cacho, no me hable usté de eso, porque me sulfuro, y el día que se me hinchen á mí las narices, se acaba el ungüento en Villaparda.

CACHO ¿Por qué?

PER. Porque mato al boticario.

CACHO Pues vete con cuidao, que ese es un viejo muy cuco. Y creo que anda trastornándole la cabeza al alcalde *pa* que te despache.

PER. Ya lo sé; pero se la he jurao, y me la pagará... Ya tengo pensá mi venganza.

CACHO Eres el demontre. A ver, á ver, díme.

PER. Misté, voy á... pero, no se lo digo á usté.

CACHO Dí, hombre, ya sabes que yo soy un pozo.

PER. No le digo á usté más, sino que le voy á hacer una... que se va á acordar *pa* mientras viva.

CACHO Me alegro, hombre.

PER. Ya verá usté, ya verá usté; á mí el que me la hace, me la paga. Ea, tío Cacho, me voy pa los olivares. Hasta luego. (Vase por la izquierda.

CACHO ¡Adiós, Perico! No, pues está aviao don Raimundo; porque lo que es á bruto le ganan pocos á éste. (Entra en su casa.)

ESCENA III

DON HILARIO y DON RAIMUNDO agitando el sombrero como si persiguiera á una mariposa. Este juego lo repite varias veces durante la escena

RAIM. ¡Maldita sea, se me escapó!

HIL. ¡Por Dios, don Raimundo, deje usté en paz á los bichos!

RAIM. Si era un mosquito preciosísimo, de la familia de los cínifes.

HIL. Entre los bichos y los minerales se va usté á volver loco.

RAIM. Ayer hice la gran tarde; mire usté lo que adquirí: todos estos nuevos minerales para mi colección. (Saca varias piedras de los bolsillos.)

HIL. Parece que va usté á la pedrea.

RAIM. Y además cinco mosquitos.

HIL. Si tuviera usté las preocupaciones que yo, no se ocuparía en eso. (Dándose importancia.)

RAIM. ¿Y qué preocupaciones tiene usted? Veamos.

HIL. ¿Le paece á usté poco saber que anda el Pelón, ese terrible secuestrador, vagando con su cuadrilla por los montes cercanos al pueblo?

RAIM. ¡Cuerno! ¿Pero es de veras?

HIL. ¿Que si es de veras? Como que ha jurao entrar en Villaparda.

RAIM. ¿Y es tan terrible como cuentan?

HIL. Un desalmao

RAIM. ¿Y qué facha tiene?

HIL. Pues me ha dicho el Cabo de la Guardia Civil, que es un hombre alto, flaco, muy amarillo, con barba, calvo, y que le faltan tres dientes.

RAIM. ¡Caracoles!

HIL. Mire usté, creo que es un bandido tan sanguinario, que el otro día entró en Villarrubia y se llevó secuestrao al alcalde, y le pidió al Ayuntamiento mil duros por su rescate; en seguida se enteró todo el pueblo, se reunieron los vecinos, y entre tóos le mandaron...

RAIM. ¿Los mil duros?

HIL. No, señor, un oficio dándole las gracias por haberles librao del alcalde.

RAIM. ¡Demontre! Pues si viene aquí...

HIL. Si viene aquí, ya puede usté prepararse, porque se dirigirá á las personas ricas.

RAIM. ¡Dios mío! ¿Pero qué hace la Guardia Civil?

HIL. Ahora van a salir dos parejas á perseguirlo.

RAIM. Ojalá lo maten.

HIL. Ea, yo me voy á casa á ver si ha vuelto de paseo mi Carmen.

RAIM. ¡Ay, Carmen! Carmen, no me hable usted de Carmen. Parece mentira que consienta usted que tenga relaciones con ese bruto de Perico.

HIL. Pero, don Raimundo, si se quieren.

RAIM. Más la quiero yo.

HIL. ¡Ea, ya estamos como siempre! Vaya, vámonos y no piense usté en eso, que usté ya es muy viejo pa ella.

RAIM. ¡Que soy viejo!... ¡Que soy viejo!... (Le da un cachete muy fuerte.)

HIL. (Asustado.) ¿Qué es esto, se ha ofendido usté?

RAIM. (Muy contento.) ¡Quiá, hombre! Que al fin le cogí; mire usted, pertenece á la familia de...

HIL. Así reviente toda la familia. (Vanse por la derecha.)

ESCENA IV

DON PACO y MAZORCO, por la izquierda

MAZ. Bueno, don Paco, pues ya está usté en Villaparda.

PACO ¿Y dices que está la posada?...

MAZ. Sigue usté por ahí, tuerce usté á la derecha, toma usté la segunda bocacalle, atraviesa usté un callejón, dá usté dos vueltas y toma usté á la mano izquierda, y allí está... no tiene pérdida.

PACO No, el que va á tener pérdida voy á ser yo.

MAZ. Pero si es lo más facil...

PACO Bueno, ya sé: tuerzo á la derecha, (Levanta el brazo derecho.) sigo una calle, un callejón, doy dos vueltas (Las da.) y tomo á la izquierda y... no llego, de seguro.

MAZ. No pase usted pena. En cuanto vea un carro, tira usted detrás... y á la *posá.*

PACO Bueno, tiraré.

MAZ. Conque, don Paco, voy á seguir con el carro hasta Segovia.

PACO Bueno, pues que no se te olvide recoger del ayuntamiento los papeles que te encargué.

MAZ. No hay cuidao.

PACO ¿Y á qué hora pasarás por la carretera?

MAZ. Pues esta noche á las diez: de modo que me espera usté junto á aquella ermita que le he enseñao, en la encrucijá del Duende, y le daré los *decumentos.*

PACO Bueno, Mazorco; á las nueve me tendrás en la encrucijada.

MAZ. De aquí á luego, entonces. (Vase izquierda.)

PACO Adiós, y feliz viaje.

ESCENA V

DON PACO solo

Bueno, ya estoy en Villaparda. Que la divina Providencia guíe mis pasos y me depare un carro del que tirar... por supuesto, detrás, hasta la posada. ¡Señor, Señor, qué sino más negro el mío! ¡Maestro de escuela! ¿Y qué? Toda mi vida difundiendo la luz de la enseñanza, y yo, nada, á obscuras, como si difundiera rábanos. ¿Quién me metería á mí á profesor de primeras letras?... Porque, después de todo, ¿qué tengo yo que ver con las primeras letras?... Ni con las últimas. ¡Luego dicen que en España la enseñanza anda atrasada! (Se vuelve de espaldas y enseña un roto.) ¡Claro, cómo ha de andar! Quisiera yo ver á cualquiera en mi caso y que llevara este gabán, (Levantando la manga.) á ver qué enseñaba .. ¡como no enseñara el codo! En fin, veremos á ver aquí qué tal me va; al darme la plaza me dijeron que el alcalde era una persona decente para el ramo de instrucción y que había muchos chicos. Dios quiera que no averigüen por qué he salido del otro pueblo. Fué una desgracia. Daba yo lecciones de repaso de Historia Universal al hijo del alcalde, y un día se me ocurrió preguntarle «¿quién fué el asesino de César?» y dice el chico «¡bestia!», yo entonces le dije «¡Bruto!», y él creyendo que le insultaba, me tiró un tintero á la cara; entonces no sé qué me pasó, lo ví todo negro... puede que fuera la tinta.., el caso es que, indignado, cogí la tabla de multiplicar, le dividí el cráneo, y no fueron trompazos los que me pegó el padre. En fin, puede que aquí tenga más suerte. Preguntaré por dónde cae la posada, y luego me presentaré al Alcalde.

ESCENA VI

DICHO y el TIO CACHO, que sale de su casa con una silla

CACHO Descolgaremos las muestras. (Sube en la silla.)

PACO Un hombre. Este me dirá lo de la posada. Buen hombre. (Llamándole. Se quita el sombrero.)

CACHO Pá servirle.

PACO ¿Tendría usted la bondad de decirme dónde está la posada?

CACHO ¿La posá? Pues siga usté esta calle alante, tuerza usté á la derecha, vuelva usté por un callejón...

PACO Sí, señor, y doy dos vueltas, una boca calle, vuelvo á la izquierda, y allí está.

CACHO Justamente... las señas son seguras.

PACO (Sí, seguras para no llegar.)

CACHO Pero lo más seguro es que cuando vea usté un carro...

PACO Tiro, ¿eh?

CACHO Eso, y á la posá. Y usté, por lo que entiendo, es forastero, ¿eh?

PACO Para servir á usted; y como no conozco este pueblo...

CACHO ¡Ah! pues le gustará á usté mucho.

PACO (Este me puede enterar.) Y diga usted, diga usted, ¿hay gente rica en el pueblo?

CACHO Ya lo creo: el boticario, don Lucas, el alcalde, la mar...

PACO ¿Y tienen muchos niños?

CACHO (¿Niños?) Le diré á usté: al médico no se le logran; hace poco se le murió uno, y fué una lástima; ya ve usté, se le murió cuando empezaba á comer.

PACO En la sopa, vamos.

CACHO Con el permiso de usté voy á seguir descolgando eso. (Sube en la silla.)

PACO ¿Tiene usted baratillo?

CACHO No; señor; son las muestras.

PACO ¿Las muestras?

CACHO Sí, señor; de mis oficios. Mire usté, una bota.

PACO — Zapatero.

CACHO — Una chaqueta.

PACO — Sastre.

CACHO — Una cabezada.

PACO — (Burro...) digo guarnicionero.

CACHO — Y además de eso, arranco muelas, tengo estanco, y cuando el campanero se pone malo...

PACO — Repica usted.

CACHO — No, señor; le asisto como curandero.

PACO — ¡Anda, salero! Pues no es usted nada.

CACHO — Si algún día le duele á usté una muela...

PACO — Lo sentiré mucho.

CACHO — Las arranco sin dolor.

PACO — Es que yo sin dolor no me las dejo arrancar.

CACHO — O si tuviese usté algo pá coserse.

PACO — No, señor, nada. Conque, usted siga bueno. (Saca la mano por el forro roto del bolsillo.)

CACHO — Usté lo pase bien, y hasta otra. (Se mete en su casa.)

PACO — Veré si doy con la posada, y luego me presentaré al alcalde. (Vase.)

ESCENA VII

CARMEN y PERICO, por la izquierda

Musica

PER. — No sirve que corras.

CAR. — Déjame, por Dios.

PER. — ¿Por qué?

CAR. — Pueden vernos,
juntos á los dos.

PER. — Escucha.

CAR. — No quiero,
déjame marchar.

PER. — Antes, Carmencita,
te tengo que hablar.

CAR. — ¿De veras? Entonces,
quédate con Dios,
porque pueden vernos,
juntos á los dos.

PER. Si no fueras ingrata,
me escucharías,
y después de escucharme,
me reñirias.

CAR. Habla. No seré ingrata,
ya no te riño

PER. Que he metido la pata
por tu cariño,
y sin pensar que el caso
sería grave,
hoy mismo he dado un paso
que nadie sabe.

CAR. Y en cuanto que se sepa...

PER. Se arma el gran lío.

CAR. Sigues siendo tan bruto,
Perico mío.

PER. Y qué le hemos de hacer,
si por tí soy capaz de todo.

CAR. Pues no te quiero ver junto á mí,
porque me incomodo.

PER. No me digas eso,
yo no te he ofendido

CAR. Si eres tan camueso,
pronto te despido.

PER. Es que yo solo por tí,
soy celoso y soy atroz,
y al que te hable tanto así,
le estropeo de una coz.

CAR. Si no fueras tan melón,
y tuvieras más de aquí,
no tendríamos cuestión,
porque yo te quiero á tí.

PER. Yo me embobo al escuchar,
tan sabrosa confesión.

CAR. Si nos hemos de casar,
ha de ser con condición
que yo sola he de mandar,
pero tú, chitón, chitón.
Y así la vida pasará,
siempre arrullándonos los dos,
como tortolitos, amarteladitos,
y muy rejuntitos, como manda Dios.

PER Tú serás mi Carmela.

CAR. Tú serás mi Perico.

PER. No has de ser tiranuela.
CAR. No has de ser tan borrico.
PER. Déjate querer.
CAR. Déjome querer.
PER. Y verás lo que es canela,
cuando seas mi mujer.
CAR. Me has de obedecer,
y te juro, á fe de Carmen,
que sabrás lo que es querer.
PER. Tú verás lo que es canela, etc.

Hablado

PER. Así te quiero yo, rica.

CAR. Y yo también á tí, ¡pero, eso que has hecho!.. (Enfadada.)

PER. Verás, Carmencita; ha sido por ese boticario, que es un estúpido. Ya ves, le ha dicho á tu padre el otro día: Don Hilario, tengo completa mi colección de animalitos; no me falta más que su hija de usté para hacerme feliz. ¡Quiere tener también un ejemplar de tu familia!

CAR. Pues no le tendrá, porque me dan rabia todos los animales, y solo me gustas tú.

PER. Ya lo sé; esta tarde me he convencido de que me quieres.

CAR. ¿Por qué?

PER. Porque cuando tú bajabas la cuesta del olivar y yo la subía buscándote, ¿á que no sabes lo que te he visto?

CAR. ¿Qué?

PER. Te he visto ponerte colorada, y eso es que te emociono una barbaridad.

CAR. Como que te quiero de veras, y si no fuera porque don Raimundo está siempre mareando á mi padre, ya estábamos casados.

PER. ¡Y con hijos!

CAR. ¡Hombre, no tanto!

PER. Pero escucha: te voy á decir eso que he hecho, que no lo sabe nadie en el pueblo; pero te advierto que es muy grave y que si tu padre se entera me mata.

CAR. Me asustas, ¿qué has hecho?

PER. Oye, ¿tú has oído hablar del Pelón?

CAR. ¡Ay, no me lo nombres! ¡Dios mío, qué miedo!

PER. Bueno, no tengas cuidao, que no viene. Pero atiende. Hoy, al llegar á su casa el boticario, se encontrará una carta con la letra mu rara, en la que le dicen, que esta noche á las diez entregue dos mil pesetas, ó le degüellan como á un carnero.

CAR. ¡Qué horror!

PER. Y la carta la firma el Pelón.

CAR. ¿Pero el Pelón está aquí? (Con miedo.)

PER. Quiá, el Pelón soy yo, y el boticario esta noche se muere del susto. ¡No te he dicho que me las pagaba!

CAR. Pero, ¿te vas á quedar con las dos mil pesetas?

PER. No, tonta, ¡ojalá! Es nada más que para que reviente de miedo.

CAR. Pero mi padre...

PER. Que no se entere, porque me da dos mil patadas, y esas sí que me quedo con ellas.

CAR. ¡Perico!

PER. ¿Qué?

CAR. Has hecho una barbaridad. (Después de una pausa.)

PER. ¡Carmen!

CAR. ¿Qué?

PER. Ya lo sabía. (Lo mismo.)

CAR. Bueno, me voy sola; no te vean conmigo. Luego nos veremos en casa.

PER. Pues hasta luego, y que no se te escape nada de lo que hemos hablao. (Con mucho interés.)

CAR. Adiós, Pedrín. (Vase derecha.)

PER. No me cabe duda, he matao un boticario. (Vase.)

ESCENA VIII

CORO, EL CABO y dos guardias civiles

VEC. 1.º Pues que Dios les dé á ustedes suerte; á ver si le cogen y nos libran de ese maldito Pelón.

CABO — Lo que es como sea verdad que se ha internado en el monte, yo respondo de traerlo muerto ó vivo.

VEC. 2.º — A ver si podemos vivir tranquilos.

CABO — No hay cuidao; confianza y hasta la vista, si Dios quiere.

VEC. 1.ª — ¡Que Dios les guíe y los guarde, guardias!

CABO — ¡Adiós! (Vase.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Cocina en casa de don Hilario; en la chimenea leños encendidos; una mesa con una baraja encima y un velón. Otra mesa debajo de la ventana que debe haber en el foro. El tío Cacho sentado y tocando la guitarra. Doña Librada al lado de la mesa y en un extremo Carmen y Perico. Don Lucas, Roque y don Hilario al extremo opuesto, todos aplaudiendo a Cacho, que se supone acaba de cantar una copla. Voces de ¡bravo! etc., y palmas.

ESCENA PRIMERA

DICHOS

TODOS — Muy bien, muy bien, tío Cacho.

CAR. — Gracias.

HIL. — Venga otra.

TODOS — Sí, sí.

CACHO — Eh, señores, toda la función no la hace solo un cómico; ahora le toca á otro.

LUC. — ¿Y á quién?

CACHO — ¿A quién? Pues á Carmencita, que ya sé yo que tié mucha habilidá pá el canto.

CAR. — ¿Yo?

HIL. — ¿Quién, mi chica?

CACHO — Pues es claro, tengo yo un pajarico que se llama Perico, que tó me lo cuenta.

PER. — Es verdá, sabe una cosa que aprendió cuando estuvo en el teatro, en Madrid, que es canela pura.

LUC. / ROQUE — ¡A ver, á ver!

CAR. Pero, si yo... (Hablador) (A Perico.)

HIL. Si yo no la he oído.

PER. No importa, lo he oído yo y lo canta con una intención...

CACHO Conque, ánimo, y venga de ahí.

HIL. Que la cante y así haremos tiempo á que venga el boticario á echar la partida del mus.

CAR. No me atrevo.

PER. Anda tonta, y haz como hacía aquella triple, que te pones más rica... es la guaracha del merengue, y es más dulce, que se chupa uno los deos de oirla.

HIL. Acompáñela usté, tío Cacho, y tú, moscón, retírate y déjala cantar á la chica.

CAR. Pues allá va.

Música

A una mulata que yo quería
un mulatito la perseguía,
y aunque me dijo siempre que no
al encontrarla decía yo;
A lerengue, á lerengue, ¡ay!
panalito merengue,
hasta el mengue
tiene el dengue,
por aquello de lero lerengue,
lero lerengue
que me coge el duende.
De California vengo
hablando en gringo,
ni Dios me entiende.
A la mulata, muy melosito,
fué á hacerle Pancho un cariñito,
pero la niña se incomodó
y no fué tunda la que le dió.
A lerengue, á lerengue, etc.
Ay, chinita de mi vida,
no me des la desazón,
que no es ley que al mulato tú quieras
y á mí me desprecies
por ser cuarterón;
porque ya somos tóos iguales

y lo mesmo es aquél que yo,
y si al otro le das palique
no me digas á mí que no.
Que no es justisia,
que no es razón
que así maltrates
al cuarterón.
A lerengue, á lerengue, etc.

Hablado

TODOS ¡Muy bien, muy bien! (Animación.)

PER. Qué tal, ¿eh?

CACHO Que má dao sed; doña Librada, bien podía usté sacar un poco de vino.

LIB. No se apuren ustedes, que sacaré del bueno.

HIL. Sí, y tráenos un poquito de arrope también. Anda.

LIB. (Coge el jarro) Voy por todo. Vaya, acompañadme á la despensa.

PER. Vamos. (Vanse Carmen, Librada y Perico por la izquierda: Los cuatro que quedan en escena se sientan al rededor de la mesa junto al hogar. Don Hilario comienza á barajar unas cartas y se disponen á jugar.)

ESCENA II

DON HILARIO, ROQUE, TIO CACHO y DON LUCAS

HIL. Señores, ¿saben ustedes lo que observo? Que don Raimundo tarda mucho esta noche.

CACHO Estará enredao con sus mosquitos.

LUC. El bueno del boticario, se conoce que quiere abandonarnos. (Suenan aldabonazos fuertes en la puerta.)

ROQUE Ahí está

LUC. Y llama fuerte.

HIL. Abre, Roque. (Roque va abrir.)

ESCENA III

DICHOS y DON RAIMUNDO que entra jadeante y con cara de horror. Trae un papel en la mano. Al ver su actitud se levantan todos. El cae sentado en una silla

RAIM. ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!...
HIL. Pero, demonio, ¿qué le ocurre?
CACHO ¿Qué es eso?
RAIM. ¡Ay!... ¡ay!... ¡agua!
LUC. Pero, ¿qué tiene usted?
RAIM. ¡Agua!... ¡agua!...
HIL. Tiene sed, tráele agua, Roque.
ROQUE Beba usté. (Le da un vaso.) Beba usté.
RAIM. ¡Ay! (Bebe.)
HIL. ¿Pero qué le sucede? Hable usté.
RAIM. ¡Una cosa horrible! señores... ¡horrible! ¡espantosa!
TODOS ¿Qué?
RAIM. Que en cuanto... he llegado á mi casa... ¡ay! me he encontrado con esta carta... de puño y letra del Pelón.
HIL. ¡Cuerno! (Horror en todos. Se separan de él.)
LUC. ¡Ave María Purísima!
CACHO Pero, ¿es posible?
HIL. ¡El Pelón!
RAIM. ¡Ay! lean ustedes. (Le da la carta á Hilario.)
HIL. A ver. (Todos miran el papel. Lee.) «Apreciable don Raimundo...» ¡Uy! ¡es de él, es de él, que letra tan torcida! (Don Raimundo con mano temblorosa sostiene el velón durante la lectura.)
LUC. De bandido.
CACHO Y pone apreciable sin hache.
LUC. Claro, ¿qué ortografía va á saber un ladrón?
RAIM. Sigan ustedes, sigan ustedes...
HIL. «Apreciable don Raimundo; si no depo... sita usted esta no... che á las diez en punto, dos mil pe... setas en el pollo de la puerta de la ermita que hay en la encrucijada del Duende, todas las misas que se celebren el lunes en la iglesia del pueblo serán aplicadas por el eterno descanso de su alma. No se reparten esquelas.» (¡Caracoles!)

ROQUE (Santiguándose.) *Requiescat in pace.*

RAIM. ¡Ven ustedes, ven ustedes!

LUC. ¡Demonio, esto es horrible!

RAIM. ¡Y qué hago yo, Dios mío!

HIL. No vaya usté de ninguna manera á la ermita.

CACHO ¡No, señor; no!

LUC. A ver, sigamos.

HIL. «Si no va usté á depositarlas, le degollaremos á usté y al alcalde...» ¡Demonio! Pues no tiene usted más remedio que ir.

RAIM. Pero, yo...

HIL. ¿No ve usté que si no le degüella á usté... y á mí?

LUC. Siga usté.

HIL. «Conque vaya usté y no sea usté burro.» Tiene razón; ya ve usted, él también se lo aconseja. «Y no avise usté á la Guardia civil, porque esto no le importa nada al cabo...»

LUC. ¡Que no le importa nada al cabo! ¡Qué cinismo!

HIL. Espere usté, que dice... «que no le importa nada al cabo... y al fin. Conque chito ó le corta el pescuezo su afectísimo *que sus piés besa*, el Pelón.»

LUC. ¿Que sus pies besa?

HIL. Sí, las letras son esas; Q. S. P. B... que sus piés besa.

RAIM. Sí, pero lo mismo puede decir ¡que su pescuezo busca!

HIL. «Postdata.»

LUC. A ver.

HIL. «Cuando usté menos se lo figure, me tendrá cerca, porque estoy en Villaparda disfrazao.»

RAIM. ¡Dios mío!

CACHO ¡Ay! (Se da una palmada en la frente y cae sentado en una silla.)

HIL. ¿Qué le pasa á usté?

RAIM. ¿Qué es?

CACHO ¡Ay! ¡ay!... ¡agua! ¡Ay, Dios mío, agua!

LUC. Pero...

ROQUE Van á acabar con la tinaja.

HIL. Hable usté.

CACHO — Que yo... yo... he hablao con el Pelón... que yo le he visto... ¡yo! ¡yo!

TODOS — ¿Usted?

CACHO — Sí, señores; yo... estaba descolgando esta tarde las muestras de mi puerta, cuando se me acercó un forastero muy mal vestido y muy mal encarao...

LUC. — ¿Y cómo era?

HIL. — ¿Qué señas tenía?

CACHO — Alto, flaco, amarillo, de barba y calvo...

HIL. — ¡El Pelón! ¡Era él, era él! Esas son las señas que me ha dao el cabo de la Guardia civil.

LUC. — ¿Iba armado?

CACHO — No, señor.

RAIM. — ¿Qué llevaba?

CACHO — Un saco.

RAIM. — ¡Para meter mi cadáver!

CACHO — No, si lo llevaba puesto, y un pantalón de color... ¡Y ahora caigo! (Dándose una palmada en la frente y asustando á los demás.)

HIL. — ¿En qué?

CACHO — En que por eso me ha preguntao si había mucha gente rica en el pueblo.

LUC. — Y tú, ¿qué le has dicho?

CACHO — Que sí, que eran ricos el boticario...

RAIM. — ¡Animal! (Empujándole.)

CACHO — ¡Y usté!

HIL. — ¡Bárbaro! (Idem.)

CACHO — ¡Y usté!

LUC. — ¡Bruto! (Idem.)

HIL. — ¡Nos has perdido!

CACHO — ¡Y yo qué sabía! También me ha preguntado si había muchos chicos.

ROQUE — ¿Pa qué querrá los chicos?

HIL. — Para secuestrarlos. ¡Pobrecitos!

LUC. — ¿Y qué hacemos?

HIL. — ¡Calma! Es preciso, primero, tener prudencia.

RAIM. — Y luego.

HIL. — Y luego... esconderse.

LUC. — Pues, señores; yo voy á meterme en mi casa.

RAIM. — Y yo.

HIL. — No sean ustedes brutos.

ROQUE — Pues yo no quiero ser menos, yo me voy también.

LUC. Adiós, señor alcalde.

RAIM. Sí, adiós.

HIL. Bueno, pues hagamos una cosa. Váyanse ustedes á su casa, pero el tío Cacho que vaya á ver si aún no se ha ido la Guardia civil, y que venga á escape.

RAIM. Bueno, pues vamos, vámonos juntos.

CACHO. Yo voy á la casa-cuartel de un brinco, y vuelvo.

HIL. Eso. No tardes.

CACHO. En seguida. (Vanse todos menos don Hilario, formando un pelotón y empujándose.)

ESCENA IV

DON HILARIO

¡Dios mío, el Pelón aquí! ¡Me lo estaba temiendo! ¡Ay!... ¡Parece que lo veo ya delante de mí, con su cara ceñuda, terciada la manta y la navaja en la mano, deseando... ¡risssch! degollarme como un cerdo! ¡Ay, mi cuello! ¡Librada! ¡Carmen! ¡Perico! (Llamando.) Me da miedo estar sólo. ¡Librada! (Se lleva las manos al cuello.)

ESCENA V

DICHO, LIBRADA, CARMEN y PERICO

LIB. ¿Qué te ocurre?

CAR. ¿Qué es?

HIL. ¡Venid, venid!

PER. Pero, ¿está usted solo?

HIL. Sí, sí, esos se han ido. ¡Ay! (Se lleva las manos al cuello.)

LIB. ¿Te duele la garganta?

HIL. Todavía no. ¡Ay! Escuchad, ¿no sabéis lo que pasa?

CAR. ¿Qué?

HIL. Pues no os asustéis, pero... ¡el Pelón está en el pueblo!

LIB. ¡Ave María Purísima! ¡El Pelón!

PER. (Anda, mi carta; ya se han enterao.)

CAR. (A Perico.) (Qué mal has hecho.)

HIL. Sí; y le ha escrito al boticario para que vaya á la encrucijada á depositar dos mil pesetas ó... ¡rissschl lo degüella; y á mí me degüella también. ¡Ay, ay! ¡Librada!

LIB. ¡Ay, Hilario mío, degollarte á tí!... No, no te asustes, que antes de tocarte tendrán que pasar por encima de mi cadáver.

HIL. Gracias, cadáver, digo, gracias, Librada. (Abrazándola.)

CAR. (A Perico.) (Por Dios, anima á mi padre, que está muy asustado.)

PER. Pero, don Hilario, yo creo que la cosa no es para tanto. Porque después de todo, ¿qué es el Pelón, qué? Yo les juro á ustés que no pisará el suelo de esta casa mientras yo esté aquí. (En tono bravucón y dando una patada en el suelo.)

LIB. ¿Que no?

PER. No. Pero ahora me voy...

HIL. Tú te quedas á vivir con nosotros. (Deteniéndole.)

CAR. (Menos mal.)

HIL. ¿De modo que dices que no temerías encontrarte con él?

PER. ¡Quiá! si lo estoy deseando.

HIL. ¿Que lo estás deseando?... (Pausa.) Bueno, pues marchaos, dejadnos solos.

LIB. ¿Por qué?

HIL. Porque tenemos que hablar.

LIB. Vámonos, hija.

HIL. Sí, idos.

PER. (¿Qué querrá decirme?)

LIB. ¡Y recuerda que no consentiré que un Pelón te toque el pelo de la ropa!

HIL. ¡Gracias, gracias! (Vanse Librada y Carmen.)

ESCENA VI

PERICO y DON HILARIO, que cierra todas las puertas

PER. (Valiente lío he armao.)
HIL. (Acercándose) Perico.
PER. Usté dirá.
HIL. ¿Tienes valor?
PER. ¿Que si tengo?... Mire usté qué puños. (Enseñándole las manos cerradas.
HIL. Ya lo veo. Ahora, óyeme. Tú no sabes lo que es tener cuello.
PER. ¿Que no lo sé?
HIL. ¡No, tú no sabes lo que le pasa á uno que tiene cuello y no tiene puños!
PER. Que no se puede mudar.
HIL. No, que se deja degollar. Y á mí me degollarían. Por lo tanto, dime: ¿eres capaz, como has dicho, de ponerte frente al Pelón?
PER. Ya lo creo.
HIL. Pues entonces sálvanos, y salva á don Raimundo, y dispón de mí, de mi hacienda, de todo; y pasado mañana te casas con Carmen.
PER. Bueno, ¿pero cómo les salvo á ustedes? (Esto marcha.)
HIL. Pues yéndote á la encrucijada á matar al Pelón, que aparecerá allí á las nueve.
PER. Bueno, estoy decidido; pero, oiga usté, don Raimundo, ¿irá?
HIL. Sí, hombre, sí. ¿Conque, vas?
PER. En seguida... y ¡ay de él! (Aparte.) (De don Raimundo). ¡Menuda paliza le voy á dar!
HIL. Pues toma la escopeta y la manta. (Se las da.)
PER. Andando.
HIL. Conque valor y que Dios te proteja. (Abre la puerta.)
PER. Confíe usté en mí, y cuenten ustedes con que se ha acabado el Pelón. (Vase.)
HIL. Adiós. ¡Jesús, qué viento hace! ¡Ay! pobre Perico, que el Señor le abra las puertas de la gloria, porque lo que es éste no vuelve.

¡Parece mentira! ¡Atreverse con el Pelón; si yo me le viera helante me moría!., ¡Cuerno, que se ha quedado la puerta entornada; voy á cerrarla (Al ir á cerrarla se abre la ventana y se apaga la luz.) ¡Dios mío, el aire me apagó la luz!... ¡A oscuras... qué miedo!... ¡ay! ¡no encuentro las cerillas!

ESCENA VII

DICHOS y DON PACO, que queda parado ante la puerta, cerrándola cuando entran

HIL. ¡Ah! aquí... (Saca la caja y enciende una cerilla; se vuelve y ve al maestro) ¡Uy! (Tira el fósforo. Queda á oscuras.) ¡El, Dios mío! (El maestro enciende una cerilla. Hilario de rodillas.) ¡Sí, es él!... ¡El Pelón! (Doña Librada abre la puerta, asoma la cabeza y ve al maestro con la cerilla y á su esposo arrodillado, da un grito agudo y cierra la puerta.)

LIB. ¡¡Ay!!

PACO Buenas noches, señor alcalde. (Enciende otro fósforo.)

HIL. ¡Ayyy!... ¡qué voz tiene! (Levantándose tembloroso.)

PACO Con el permiso de usted encenderé el velón. (Lo enciende.)

HIL. Lo... lo... que usted quiera. (Alto, flaco, amarillo, con barba, calvo .. es él, no hay duda.)

PACO ¡Caracoles! veo que son ustedes muy asustadizos.

HIL. No, no señor... (se lleva las manos al cuello.) (¡ay, mi cuello!) si no... que... yo...

PACO Pues ustedes dispensen... comprendo que la hora no es á propósito; yo andaba rondando sin atreverme á entrar, pero he visto salir á uno...

HIL. Sí, señor... uno... iba á un recao, no era nada ..

PACO ¡Pues dejó la puerta abierta y me colé!

HIL. (Parece que le veo brillar un arma por debajo del gabán.)

PACO La verdad es que tenía muchos deseos de conocerle á usted.

HIL. Mu... muchas gracias, señor... señor Pelón.

PACO (¿Pelón?... será que aquí llaman así á los calvos.)

HIL. (Animo, Hilario; le trataré bien.) Siéntese usté, señor Pelón.

PACO ¡Otra vez Pelón!

HIL. (No le gusta que se lo llamen.) Si le disgusta á usté...

PACO No, no señor; puede usted llamármelo; después de todo lo soy. (Pasándose la mano por la cabeza.)

HIL. Ya,.. ya lo sé, to... tome usted asiento. (Lleva el arma debajo del gabán.)

PACO Y á todo esto... (Saca la mano por debajo del gabán y se la alarga de pronto.)

HIL. ¡Ay! (Al verla sacar, da un salto atrás.)

PACO ¿Cómo está usted?

HIL. ¡Ay, me había asustado!

PACO No haga usted caso. Es que yo doy la mano por debajo del gabán.

HIL. Vamos, es por costumbre.

PACO No, señor, es por el forro, que está roto.

HIL. Pues estoy bien... gracias; mi familia buena... ¿Y la de usté?

PACO Yo no tengo familia.

HIL. ¡Ay, sí, es verdad!... ¿y la cuadrilla?

PACO ¡La cuadrilla! (¡Este me ha tomado por un torero.) Tampoco tengo cuadrilla.

HIL. (No quiere delatarnos.)

PACO Pero sentémonos.

HIL. Bueno. (Se sientan.) (Quiere degollarme sentado.)

PACO ¿Tiene usted anginas? (Acercándose con la silla a don Hilario.)

HIL. No, no señor.

PACO Pues, sí, señor alcalde; me habían dicho que era usted una persona decente, á pasar de lo de alcalde, y me he apresurado á venir. ¿Usted no sabría que andaba yo por aquí?

HIL. ¡Sí, señor, sí... me lo habían dicho!

PACO ¿De modo que le han hablado á usted de mí?

HIL. ¡Muchísimo!... sé que ha estado usté en dos ó tres pueblos. Por aquí le conoce á usté todo el mundo.

PACO (¡Cuerno, le han contado lo que me pasó con el chico del alcalde.) Entonces, tengo la seguridad que le habrán contado á usted lo que he hecho en el último pueblo.

HIL. ¡Sí, señor!... pero no es gran cosa... no... (Y mató á ocho)

PACO Pues, mire usted, le voy á ser franco... hace pocos días le partí la cabeza á un alcalde, es verdad... pero es que estoy ya muy harto de los alcaldes... créame usted. (Dando una patada en el suelo.)

HIL. (¡Demonio, me asesina!) (Se levanta y vuelve á sentarse.)

PACO En fin, baste decirle á usted que nunca he podido sacarle un cuarto á ningún alcalde.

HIL. (¡Virgen santa, voy á pagar por todos!)

PACO Pero estoy decidido á que no me pase aquí lo mismo.

HIL. ¡No, no, señor Pelón..., yo le daré á usté lo que quiera... (¡qué ojos!) todo. . todo!...

PACO Porque á mí no me gusta, para sacar dinero, estar pincha que pincha...

HIL. No, señor, mejor es de una vez, se sufre menos.

PACO Dispénseme usted que le hable con esta energía, pero... (Acciona, sacando la mano por debajo del gabán.)

HIL. ¡Ay! (Al ver la mano.) ¡Pero no me haga usté daño!

PACO ¡No, hombre, no faltaba más! Me parece que no llegará el caso... (Le ha asustado mi energía, veo que es conveniente.) Pero si llegara el caso... (Con voz hueca.)

HIL. No, señor, qué ha de llegar. (¡Ay, cómo ha torcido la boca.) ¿Y por qué ha venido usté del otro pueblo á este?

PACO ¡Pues mire usted, señor alcalde, la verdad: porque yo, en el ejercicio de mi profesión, soy un hombre especial: digo de pronto, ¡á dividir!

HIL. ¡Ay! (Da un saltc atrás.)

PACO — Y me gusta coger dos ó tres chicos, ó quince ó veinte...

HIL. — (¡Qué bárbaro!)

PACO — Y en un momento meterles una tabla en la cabeza.

HIL. — (¡Qué horror!) De modo que en ese pueblo...

PACO — Me he cansado. Tenía la cabeza muy dura.

HIL. — ¡No, pues mire usted, aquí no crea que la tenemos muy blanda, no!

PACO — Bueno, pero es que yo, cuando llega el caso, también sé estar machaca que machaca.

HIL. — (¡Nos decapita, nos decapita!)

PACO — ¡Conque, señor alcalde, con el permiso de usted, me retiro.

HIL — ¡Se va usté.. (gracias á Dios) tan pronto!

PACO — Sí, señor, tengo un asunto...

HIL. — (¡Y se va sin hacerme nada)

PACO — Pero, ya volveré. Esta noche tengo que ir á la ermita de la encrucijada...

HIL. — (¡Por las dos mil pesetas del boticario!)

PACO — Tienen que llevarme allí una cosa.

HIL. — ¡Ya, ya!... (Mata á Perico.)

PACO — Conque, mañana volveré; hablaremos del dinero que me han de dar ustedes; tomaré posesión, y á ver si, cortando por lo sano, nos entenderemos mejor.

HIL. — (¡Mañana es la degollación!) Bueno, pues hasta mañana...

PACO — Conque, buenas noches. (Al ir hacia la puerta, entra el tío Cacho.)

ESCENA VIII

DICHOS y el tío CACHO

CACHO — (Al ver al maestro.) ¡El Pelón!

PACO — (¡Este también!... Pues señor, bueno... les ha dado por llamarme pelón.) (El tío Cacho se va arrimando á la pared y acercándose al alcalde.)

CACHO — ¡Ay, María Santísima! ¡ese es! ¡ese es!

HIL. — ¡Calla... ya lo sé!

PACO — Conque, buenas noches, señores. (Vase mirándolos.)

HIL. ¡Buenas noches! Cierra, cierra á escape.

CACHO (Va á cerrar y retrocede al ver entrar al maestro de nuevo.) ¡Ay!

PACO Oiga usted, ¿á qué hora vengo mañana?

HIL. A... la... que usted quiera.

PACO ¡Bueno, con Dios! ¡Qué le pasará á esta gente! (Vase, Cacho cierra.)

ESCENA IX

DON HILARIO y CACHO

CACHO ¡Este, éste era, don Hilario!

HIL. Ya, ya lo sé.

CACHO ¿Y qué le ha hecho á usté?

HIL. ¡Hasta ahora nada!

CACHO ¿Y qué le ha dicho?

HIL. Que mañana vendrá por dinero, que cortará por lo sano, que le gusta pinchar de una vez, que divide quince ó veinte chicos... que en el pueblo de al lado tienen la cabeza dura...

CACHO ¡Las que habrá cortao, María Santísima!

HIL. Yo le he dicho que aquí nos pasaba lo mismo.

CACHO ¿Y se ha desengañao?

HIL. Quiá, dice que también sabe machacar.

CACHO ¡Demontre! ¡Si es una fiera!

HIL. ¿Y tú qué has hecho?

CACHO Que he estáo en la casa-cuartel.

HIL. ¿Y qué?

CACHO Que somos muy desgraciáos; se han ido todos los guardias á ver si daban con él en el monte.

HIL ¿Y han abandonao el pueblo?

CACHO Sí, señor.

HIL. ¡Dios santo! ¿Y qué hacemos?

ESCENA X

DICHOS, CARMEN y DOÑA LIBRADA, sacando la cabeza por entre la puerta

LIB. ¡Hilario! (Con voz trémula.)

HIL. Salid, Librada, salid.

LIB. ¿Era él?

CAR. ¡Ay, ay, Dios mío! (Llorando.)

HIL. No llores, hija.

CACHO ¡Se nos ha encajáo aquí!

CAR. Ay, papá; pero diga usté, ¿es el verdadero Pelón?

HIL. ¡El verdaderísimo!

CAR. (Y Perico que lo ha tomao á broma.) ¿Dónde está Perico?

HIL. Se ha ido á la encrucijada á matarle, y ahora se encontrará con él.

CAR. ¡Ay, ay! ¡Virgen del Carmen! ¡Que lo va á matar! (Llora gritando.)

HIL. Pues á eso se ha ido.

CAR. ¡No, si digo el Pelón á él! ¡Ay, qué desgracia!...

LIB. Pero consuélate, hija (A Hilario.) ¡Si vieras qué horror me ha dao oirle contar lo que hace con los chicos!

CACHO ¿Se los come?

LIB. Peor.

CAR. Vamos á buscarle, papá... ¡ay!

HIL. Calla, hija, calla, no digas locuras; lo que vamos á hacer es una cosa.

LIB. ¿Qué?

HIL. Marcharnos á casa del juez á contárselo todo, y que él ordene lo que hemos de hacer; que mande tocar á somatén, que envíe gente armada; en fin, lo que quiera... pero que decida algo. ¿No os parece?

LIB. Pues vamos.

HIL. Venga mi vara, mi capa y mi sombrero.

CAR. Toma. (Se lo pone.)

LIB. Me pondré el mantón, toma el tuyo.

CAR. Venga. (Se los ponen.)

HIL. Apague usted la luz. (A Cacho, que la apaga.)

CAR. ¡Ay!

HIL. ¡Chist!... Silencio y precaución.

TODOS ¡Chist! (Se cogen las faldas ó capas y unos tras de otros salen despacio.)

MUTACION

CUADRO TERCERO

Selva corta.—Música en la orquesta

ESCENA UNICA

Aparece PERICO envuelto en la manta y con la escopeta al hombro; camina sigilosamente y mirando á todos lados; cruza la escena. A poco aparece el Cabo con una pareja de guardias; algo después el maestro, con el cuello del gabán levantado, el sombrero calado hasta las orejas, y las manos en los bolsillos.—Trémolo en la orquesta

Paco — ¡El alcalde me llamó Pelón! El individuo que entró después, Pelón .. Y ahora, al salir del pueblo y pasar por delante de la botica, oí una voz que decía: «¡ahí va el Pelón!» No hay duda, me quieren tomar el pelo. (Sigue la orquesta.)

MUTACION

CUADRO CUARTO

Una encrucijada.—Camino en rampa de peñascos, que viene á terminar en una ermita que habrá a la izquierda del foro.—La escena completamente á obscuras.

ESCENA PRIMERA

PERICO, paseando envuelto en la manta y con la escopeta al brazo

¡Caracolitos, qué frío hace aquí! La verdad es que el sitio este, es de los más á propósito para cometer un crimen... ¡Y qué susto le voy á dar al boticario! ¡De esta hecha no vuelve á mirar á Carmencita! Pero cuidao que es inocente don Hilario; haber creído que yo soy capaz de ponerme frente á frente

al Pelón Yo que me asusto de todo, y que anoche empecé á gritar, creyendo que había entrao en mi casa un ladrón... y era el cobraor de contribuciones. ¡Yo valiente! ¡Digo, si yo viera delante de mí al Pelón, no lo contaba del susto! (Aparece don Paco por detrás de la ermita.) ¡Verme cara á cara con esa fiera!... ¡Me moría, vaya si me moría! ¡Que me moría!

ESCENA II

DICHO y DON PACO

PACO — Este es el sitio. ¿Habrá llegado Mazorco? (Baja de la rampa y retrocede asustado al ver á Perico.) Un hombre aquí.

PER. — (Asustado.) (¡Demontre! ¿Quién será este?)

PACO — (Y armado.) Buenas noches. (Se adelanta y míranse los dos.)

PER. — Muy buenas.

PACO — ¿Me hace usted el favor de decirme si ha visto pasar por casualidad á la pareja de la Guardia civil?

PER. — No, señor.

PACO — Me alegro. ¿Y un carro?

PER. — Tampoco; ¿usté viene de Villaparda?

PACO — Sí, señor; ahora acabo de visitar al alcalde; por cierto que le he dado al entrar en su casa un susto morrocotudo.

PER. — ¿Usté?

PACO — Sí, señor.

PER. — Pues á mí me parece que nunca le he visto á usté.

PACO — No es extraño; pero me conocerá usted, porque me ha dicho el alcalde que sabían todos que yo estaba aquí y que en el pueblo todo el mundo me conoce de nombre, mejor dicho, de apodo.

PER. — Puede que yo haya oído...

PACO — Con seguridad.

PER. — ¿Y cómo le llaman á usté?

PACO — Me llaman el Pelón.

PER. (Da un salto atroz y cae de rodillas.) ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡El Pelón! .. ¡Virgen Santísima!

PACO ¿Qué le pasa á usted? (Acercándose.)

PER. (Deja caer manta y escopeta) ¡Perdón, perdón, señor de Pelón!... ¡señor de Pelón, perdón! ¡ay!... (Con mucho miedo)

PACO Pero, hombre..

PER. No me mate usté, yo soy Perico.... yo lo hice por broma. Perdón.

PACO Pero, perdón, ¿de qué? Vamos á ver. (Este es loco.)

PER. Que yo, creyendo que no vendría usté por aquí, he tomado su nombre...

PACO ¡Demontre! ¡ha querido usted ocupar mi puesto! ¡Pues es usted un pillo! ¿Quería usted apoderarse de los niños?

PER. ¿De los niños? De los niños, no. Es que le he escrito una carta al boticario haciéndole creer que le quería usté robar dos mil pesetas... ¡ay!

PACO ¡Demontre! ¡robar... eso si que no lo consiento! (Le coge de las solapas de la americana.) ¡Aprovecharse de mi nombre para robar! ¡Granuja!

PER. ¡Si es muy bruto!

PACO Aunque lo sea. Lo mato á usted, lo voy á...

PER. ¡Ay! ¡eso no! ¡eso no, por Dios! (Hace un esfuerzo para desa[illegible] y huye precipitadamente.)

PACO ¡Bribón! ¡gran[illegible] te pescaré!

ESCENA III

DON PACO

¡Vaya con el pillete!... No sé cómo no lo he matado... ¡Pero qué cinismo! En cuanto llegue á Villaparda se lo cuento al alcalde... Y se ha dejado aquí la escopeta y la manta... ¿Si me esperaría para asesinarme? ¡Robar yo!... (Pausa) No, pues lo que es la manta no se la devuelvo. (Se la pone y se emboza.) Y lo que es la escopeta. . tampoco, por si vuelvo á encontrármelo. ¡Vaya un lance! Me asoma-

ré á la carretera á ver si llega el tío Mazorco; y cuando me vea con esta facha siniestra se va á asustar (*Vase por la rampa de la izquierda.*)

ESCENA IV

DON HILARIO, DON RAIMUNDO, TÍO CACHO, PERICO, LIBRADA, PAULINA y Coro general; los hombres con palos, hoces y algunos faroles, etc.

PER.
CACHO
ALC.
CORO

Sigilo, cautela,
prudencia extremada,
que en esta jornada
se juega el honor.
Y unidos marchando,
valientes seremos,
y así prenderemos
al secuestrador.
¡Dicen que ese terrible facineroso
tiene un tipo que asusta por lo espantoso,
y es tan fiero su instinto de criminal,
que á mujeres y niños y viejos
secuestra, asesina, destroza y devora
y á todos los trata bastante mal!
¡Oh! ¡qué vi[illegible]imal!
¡Ca[illegible]ahora [illegible]or!
¡que D[illegible]os libre á todos
de tal horror!
Sigilo, etc.
Dicen que lleva el monstruo
cuenta corriente,
arrancándose un pelo
por cada diente.
¡Y al pensar que está calvo
como un melón,
se me erizan los pelos
de espanto!
Pensando en los muertos
de horror me atraganto,
y juzgo terrible
la situación.

¡Oh! ¡qué bribón!
fuerza será
que plaga semejante
perezca ya.

CORO — Vamos, pues, adelante los tres,
y detrás los demás.

CACHO / PER. / ALC. — Vale más que vayáis los demás,
y después seguiremos los tres.

TODOS — En marcha, pues,
con interés,
sin vacilar,
y sin temblar,
con decisión,
resolución,
y corazón.
¡Muera el Pelón!

(Aparece el Maestro de escuela con la manta y la escopeta de Perico, por la rampa de la izquierda.)

¡Ay, Dios mío!
¡no hay salvación!
nos ha pescado el tío
sin confesión! (Temblando. Se arrodillan.)
¡Señor Pelón!
¡por compasión,
perdón, que estamos todos
á su disposición,
con verdadera satisfacción!
¡Señor Pelón, perdón!

ESCENA V

DICHOS y DON PACO

Hablado

PACO — Bueno, ¡basta de tonterías!. . Y ahora hagan ustedes el favor de decirme por qué me buscan.

HIL. — Pues, no... nosotros veníamos... dando un pa... pa... pa...

PACO — ¿Pa... pa... pa qué?

HIL. — Un paseo.

PACO — ¡Mentira! Basta de farsa; he hablado con un pillo, y me lo figuro todo.

HIL. — Bueno, pues nosotros no le ataremos á usté ni nada.

PACO — ¡Caracolitos! Pues claro, ni yo me dejaría.

RAIM. — Ni le diremos á la Guardia civil quién es usted.

PACO — Y si quieren ustedes se lo dicen, me tiene sin cuidado.

RAIM. — ¡Qué bárbaro! No le importa la Guardia civil. (Al tío Cacho.)

CACHO — Este se traga un tercio. (A don Hilario.)

HIL. — Y un entero. Bueno, no le haremos á usté nada, pero quisiéramos que nos hiciera usté un favor.

PACO — ¿Cuál?

HIL. — Marcharse del pueblo.

PACO — ¿Yo, que me marche yo? Pues no me da la gana.

LIB. — ¿De modo que necesita usted nuestras vidas? Pues tome usté la mía. (Se coloca ridículamente frente á él.)

PACO — No la quiero, señora. (Con desprecio.)

LIB. — ¡Grosero!

HIL. — ¡Quita, por Dios, que te va á apuntar!

PACO — Ea, basta de bromas. ¿Quién es el que ha venido aquí á robar?

HIL. — Usté, que ha escrito una carta...

RAIM. — A uno del pueblo, pidiéndole dos mil pesetas.

PACO — ¡Pero si no he sido yo! Ha sido otro que lo ha hecho para vengarse.

RAIM. — ¿De quién?

PACO — De un boticario, que creo que es muy bruto.

RAIM. — Yo. (Adelantándose.)

PACO — Por muchos años.

HIL. — ¿Y ese otro?

PACO — Me ha dicho que es Perico.

HIL. — ¿Perico?

RAIM. — ¿Este? (Señalándole.)

PACO — Ese. ¡Ah! ¿Con que estabas ahí, canalla?

PER. — Yo no. (Ocultándose.)

CAR. — ¡Por Dios!

PACO — O dice usted la verdad ó le tiro. (Le apunta.)

PER. Sí, yo fuí... pero...

RAIM. ¡Ah, granuja! ¡Toma, miserable, bribón! (Empieza á tirarle los minerales que lleva en el bolsillo.)

LIB. ¡Por Dios, que le tira usted los minerales!

RAIM. Y lo que siento es no tener aquí mi colección de mosquitos para soltárselos todos.

HIL. ¿Y por qué querías entonces venir á matar al señor?

PACO ¡Ah! ¿Pero quería matarme?

PER. Porque él me lo mandó.

PACO ¿Pero usted se lo mandó? (Apuntándoles.) ¡Miserables! ¡Asesinarme!

TODOS ¡Ay! (Formando grupo.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y EL CABO y la pareja de la Guardia civil que llegan por la rampa

CABO ¡Alto! ¿Qué pasa aquí?

HIL. ¡Nos hemos salvado! ¡Cabo, prenda usted al Pelón! ¡Aquí está! (Con mucha alegría.)

CABO (Adelantandose.) ¿El Pelón? (Reconociéndole.) ¡Don Paco! (Le abraza.)

CACHO ¡Se conocen! (Estupefacción en todos.)

CABO ¿Pero por qué le llaman á usté Pelón?

PACO Yo qué sé, será porque soy calvo.

CABO Pero si al señor le conozco yo, y el Pelón está preso hace tres días, según acabo de saber.

CAR. ¡No es secuestrador!

PACO Naturalmente que no. Yo soy un maestro de escuela que venía á pretender la plaza de este pueblo.

LIB. Y yo que le he ofrecido mi vida á un maestro de escuela... ¡Horror!

PACO ¡Yo secuestrador! ¡Como no secuestre un panecillo!

HIL. Bueno, pues puede usté quedarse, pero no sé si le podré pagar á usté. Está el Ayuntamiento muy atrasao.

PACO ¿Atrasao? Pues oiga usté, creo que más cuenta tiene meterse á ladrón.

LIB. No se apure usté; yo le proporcionaré chicos.
PER. Los nuestros... cuando nos casemos.
CAR. ¿Querrás que vayan á la escuela del señor?
HIL. Bueno, que vayan.
RAIM. Y yo...
HIL. Usté á sus mosquitos.
TODOS ¡Fuera! ¡Fuera!
PACO
Ya que los secuestradores
me han dado la desazón,
tan solo pido, señores,
que, como indemnización,
aplaudan á los autores.
Su afectísimo .. El Pelón.

TELON

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

CARLOS ARNICHES

Casa editorial.
La verdad desnuda.
Las manías.
Ortografía.
El fuego de San Telmo.
Panorama nacional.
Sociedad secreta.
Las guardillas.
Candidato independiente.
La leyenda del monje.
Calderón.
Nuestra Señora.
¡Victoria!
Los aparecidos.
Los secuestradores.
Las campanadas.
Vía libre.
Los descamisados.
El brazo derecho.
El reclamo.
Los Mostenses.
Los Puritanos.
El pie izquierdo.
Las amapolas.
Tabardillo.
El cabo primero.
El otro mundo.
El príncipe heredero.
El coche correo.
Las malas lenguas.
La banda de trompetas.
Los bandidos.
Los conejos.

CELSO LUCIO

A vista de pájaro.
El gorro frigio.
Boulanger.
Un vaso de agua.
Calderón.
Pan de Flor.
Panorama nacional.
Sociedad secreta.
Claveles dobles.
Los secuestradores.
Los aparecidos.
El Gran Capitán.
Vía libre.
El brazo derecho.
El reclamo.
Los Mostenses.
Los Puritanos.
El pie izquierdo.
Las amapolas.
Tabardillo.
El cabo primero.
Pepito (parodia de *Juan José*.
El príncipe heredero.
Las malas lenguas.
La marcha de Cádiz.
Los bandidos.
El juicio del año.
Los conejos.
El pobre diablo

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo* calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª* calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administracion

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.